

CAPITULO PRIMERO

Estrellas y Soles.

I.

IDEAS QUE TUVIERON LOS ANTIGUOS SOBRE LA CONSTITUCION DEL GLOBO SOLAR Y SU HABITABILIDAD

No hace aún mucho tiempo se suponía que en el centro del Sol se hallaba un núcleo de considerables dimensión, sin luz propia, solidificado (la superficie al menos) y relativamente frío.

Ese núcleo central pareciera un verdadero planeta, aunque rodeado por dos atmósferas: una de ellas, la exterior, denominada fotosfera, incandescente, productora de las irradiaciones luminosas y calóricas cuyos efectos se dejaban sentir, así en nuestro planeta como en las fronteras más lejanas del sistema solar.

La otra atmósfera, la interior, decíase era una especie de pantalla, dado su inmenso espesor y la gran cantidad de nubes que en su seno flotaban. Gracias á esta segunda atmósfera solo llegaba al núcleo central una luz difusa y un calor agradable.

Así el Sol, padre de los días y de la Naturaleza animada no era un simple océano de fuego, ó aterradora lava hirviente, ó tizón encendido, mil

quinientas veces mayor que la Tierra: encerraría un globo rodeado de una aureola; un mundo con luz propia siempre vivificado por ella y en cada uno de sus puntos. Cada región tendría sobre sí una como bóveda de oro, ó cúpula resplandeciente derramadora de torrentes de luz y vida.

¡Qué ventajas y qué superioridad la del Sol sobre los demás astros que gravitaban en su rededor!

Para tales astros, una luz incompleta, porque procede de fuente exterior y hogar único. No reciben sino débil parte de los rayos del Sol: y estos rayos solo bañan pequeña zona del emisferio. Tampoco, más que un momento cortísimo, reciben perpendicular la luz llena. Tienen un punto privilegiado unos instantes. Pero todos los demás puntos reciben luz oblicua, que se modifica incesantemente, inclinándose, bajando de más en más, hasta besar el suelo, dorar las cimas de las montañas, vestir las nubes y desaparecer á la hora del crepúsculo entre las sombras de la noche.

Consecuencia de ello son las vicisitudes lamentables, las alternativas de día y noche, la luz, la obscuridad, la primavera, el otoño, la vida... la muerte.

En esós planetas donde se distribuye la luz con tanta variedad y parsimonia, las revoluciones regulares alrededor del hogar central dan á la naturaleza carácter de movilidad desastrosa.

Se vive: pero, no por largo tiempo. La vida conduce á la muerte. Los seres vivientes deben la vida á la muerte de otro ser: las flores no se abren sin que otras flores mueran; no maduran los frutos sin destruir las flores.

Cada año en el otoño, cuando caen las hojas, expiran, reduciéndose á polvo, millones de seres débiles y agotados por las luchas de la vida.

Resisten los más fuertes: pero, han de soportar

nuevas crisis; y de combate en combate, llegarán tarde ó temprano al término fatal, á la inevitable muerte.

No ocurre lo mismo—decían,—en el globo rodeado de aureola luminosa. Allí, la luz es constante; llena: se vive en medio día perpétuo de perpétuo estío.

¿Puede faltar la vida con esa fuente y hogar de luz?: allí, pues, no hay sombra, ni invierno, ni muerte. Las irradiaciones luminosas y vivificantes, jamás interrumpidas, procuran á los seres energía siempre creciente: allí es posible la expansión en la inmortalidad...

En el Sol no hay invierno ni verano que hielan ó abrasen los gérmenes. Faltan en su núcleo los seres efímeros que nacen y mueren en pocas horas, y las flores que por la mañana entreabrieron graciosas la corola, y se ajan por la tarde. Los frutos no matan la flor: perdura la flor unida al fruto, engalanando los vergeles solares.

Así, los habitantes del Sol respiran aire siempre embalsamado. La falta de estaciones,—con sus vicisitudes,—y la uniformidad de los climas quitan de la vida la separación y la dispersión que aquí produce la edad, el clima... Y si esos seres se engrandecen y desenvuelven no pierden nunca lo que una vez han poseído.

En esos seres se unen de modo admirable los encantos de la infancia, la belleza de la juventud, la seriedad de la edad madura, la calma prudente de la vejez. ¡Siempre jóvenes, siempre bellos!... ¡Viviendo la vida eterna!...

Unen á la experiencia de los viejos y á la fuerza de la virilidad, las ilusiones de los adolescentes, ó sus confianza hermosa y sus esperanzas; confianza y esperanzas que hacen feliz la existencia porque tien-

den al ideal: es decir, á una vida la más completa, la más perfecta, la más bella...

Poseen pues, la vida que se engrandece en la inmortalidad.

El Sol es mansión de felicidad sin sombras: un paraíso celeste, un verdadero Edén...

¡Cuán bello cuadro si fuese real, cierto, posible!...

II.

ENSEÑANZAS DE LA CIENCIA MODERNA

¡Cuán hermoso sería todo aquello si fuese cierto! Pero ¿lo es acaso?

Desde la época cuando los dos Herschell y Arago admitían en el Sol un núcleo central, sólido, sometido á dulce temperatura de primavera eterna, la Ciencia, progresando, ha echado por tierra y modificado multitud de hechos y doctrinas.

El descubrimiento del Análisis espectral, hacia mediados del siglo XIX, no permite creer ya que en el Sol hay un núcleo sólido susceptible de albergar seres vivientes.

El examen de los rayos del espectro permite saber que si existiese en el centro del Sol un núcleo sólido, sería núcleo incandescente, y en modo alguno frío ni oscuro, ni bañado en luz tenue.

Estudiando más detenidamente el espectro solar desaparece la presunción de que el Sol tenga núcleo central, ni siquiera incandescente.

El Sol, esencialmente gaseiforme, solo es inmensa esfera formada por vapores metálicos hirvientes.

Su calor depasa hasta la temperatura máxima imaginable, llegando á ser de millones de grados centígrados. Así pues, la materia solar está en estado gaseoso y de disociación, impidiendo todas las combinaciones químicas no obstante la mutua afinidad de los elementos y la formidable presión que soportan. En el Sol desaparece la afinidad siendo imposible que se agreguen las moléculas.

El astro luminoso no es, por lo tanto, albergue de vida; es un horno aterrador; es un infierno; no es un paraíso.

¿No imagináis las tempestades de fuego que en él se desencadenan? Esos terribles ciclones y trombas de fuego son los productores de los desgarras de la fotosfera, impropriamente llamados manchas del Sol. Y si tales desgarramientos nos parecen manchas oscuras se debe á que como abismos insondables dejan ver las profundas entrañas del astro donde el exceso de calor provoca la disociación de los elementos volatilizados, que, por este hecho, pierden parte de su poder luminoso.

¿Qué huracanes terribles se desencadenan en la fotosfera hirviente de luz!... Las hondas abrasadoras de ese mar centelleante sobrepasan la altura de nuestras más elevadas montañas.

Y esto es solo algo de lo que en el Sol ocurre: enormes torbellinos que se engendran en la superficie del sol por causa de las diversas velocidades de rotación en las diversas latitudes de la esfera incandescente, abren abismos en la envoltura luminosa; abismos que aspiran violentamente los gases de la cromósfera.

Entonces, esos gases, impulsados por fuerza irresistible se precipitan en el seno del astro: pero como no pueden permanecer en él, á causa de su ligereza específica, aumentada por el excesivo calor del me-

dio ambiente, se escapan por todos los lados rasgando la atmósfera por innumerables sitios, produciendo pronunciamientos ó manchas brillantes, denominadas faculas, y causan protuberancias extraordinarias fáculas, y causan protuberancias extraordinarias en rastras hirvientes que se extienden millares de leguas.

¿Qué podemos decir de las emanaciones mefficas resultantes de las combinaciones químicas que tienen lugar en este grandioso laboratorio de la naturaleza? ¿Qué podemos decir del tumulto y del ruido inmenarrable de ese combate titánico de elementos furiosos que moviéndose en todos los sentidos debastan, rugen, silvan?... Al lado de ellos los huracanes de la Tierra, los más terribles, son inocentes juegos de niños... Porque en el Sol, además, los bramidos del horno aterrador no se interrumpen ni un quinto de segundo. Y seguramente, no obstante la enorme distancia que nos separa del Sol, oiríamos su ensordecedor ruido si el eter interplanetario que nos transmite la luz, el calor y la atracción fuese apto para transmitir también los sonidos.

¿Cabe, pues, suponer que alberga habitantes el Sol, dado que en él, las rocas, el hierro, el oro, el platino y los metales más duros están, no sólo fundidos como si fuesen cera, sino liquidados, volatilizados, disociados también?

Es posible que en el Sol se hallen ángeles, ó demonios, espíritus inmateriales insensibles al frío más riguroso y al calor más grande. Esto es posible, bien que nadie es capaz de afirmarlo apoyándose en pruebas firmes.

Pero, es inaceptable que en semejantes condiciones climáticas existan seres vivientes, con cuerpo organizado. Sólo podemos concebirlos aceptando cual dogma la doctrina de la pluralidad de los mun-

dos, y cifrando en ella fé sólida. ¡Lástima es que la Ciencia repugne tales principios, diciéndonos que sobre no ser razonables, son locura ó quimera!

Por respeto al lector creemos imprudente desenvolver con más extensión las objeciones contra la tesis precedente. Nótese, sin embargo, que los novelistas de la Astronomía caen en la más flagrante de las contradicciones cuando después de repudiar los libros santos—inspirados por Dios,—fundándose en que así lo exige su dignidad personal y la libertad de pensamiento, fruto de la independencia de la razón, aceptan con fe ciega é irracional—en interés de sus pasiones y para el triunfo de sus prejuicios—proposiciones indemostradas, opuestas en absoluto á las que la Ciencia progresiva nos ofrece como ciertas.

III.

EL SOL DESPUES DE QUE SE APAGUE Y ENFRIE

Nos parece que en este punto se nos puede hacer la siguiente objeción:

—Si el astro radiante está inhabitado hoy, ¿ha de estarlo siempre? En otro tiempo la Tierra fue Sol; en épocas futuras, aunque inevitables, nuestro Sol se convertirá en algo como Tierra habitable.

—Poco á poco van condensándose los gases y los vapores metálicos del Sol. En efecto; por su irradiación incesante en el espacio, terminará disminuyendo su calor de manera sensible. Si ahora no se percibe esa pérdida de calórico, es porque guarda reservas inmensas, que, sin embargo, no son inagotables.

—El Sol se enfriará á fuerza de prestar calor á los planetas que le rodean.

—Entonces se liquidarán sus elementos constitutivos, hoy volatilizados; más tarde, se solidificarán. Y cuando el globo solar esté completamente revestido de corteza opaca y pétreo—cual la de sus hermanos los planetas y la Tierra,—disminuirá su brillo, hasta desaparecer por completo.

—Desde ese momento comenzará en él una nueva era de existencia astral. Y en ella, ¿qué podrá impedir que en su superficie vivan razas innumerables?

—Rodeado de atmósfera no incandescente, sino tibia como la nuestra; poseyendo mares, ríos, y lagos; embellecido por el contraste de valles umbrosos y altas montañas, ¿por qué no ha de ser albergue de la vida? ¿Por qué?... decimos... Suponiendo que desde entonces sea habitable, ¿cual será su Sol? Creemos que los habitantes del nuevo Mundo como los de la Tierra no podrán prescindir del concurso de otro Sol. ¿No cesaría la vida en el globo terráqueo si nos faltara el Sol?... Seguramente no tendrían las flores bello color y suaves perfumes; no madurarían los frutos; no circularía la savia en el tallo de las plantas, ni la sangre en nuestras venas; los mares se congelarían; la Tierra vendría á ser tumba cubierta por espesa capa de nieve...

—¿Que todo eso son quimeras? Nuestros adversarios afirman que no faltarán estrellas en el cielo azul capaces de ser Soles del Sol habitado y frío. Una de entre ellas lo bañará en luz moderada, prestándole calor análogo al que hoy la Tierra recibe. El Sol ha sido caritativo con nosotros y alguien lo será con él, dado que las obras buenas siempre tienen compensación...

—Luz á "dosis moderadas"... ¡Mejor fuera decir

en cantidad infinitesimal; porque las estrellas se hallan muy alejadas del Sol para poder prestarle su luz!

¿Sabéis á que distancia se encuentra la más próxima, la del Centauro? A ocho trillones de leguas; ó sea doscientas diez mil veces más lejos del Sol que éste de la Tierra... Por consiguiente, esa generosa estrella Centauro dará al Sol una cuarenta y cuatro milésima de millón del calórico que el Sol presta á la Tierra...

Sabido es que la intensidad del calor y de la luz está en razón inversa del cuadrado de la distancia. Así, pues, no es posible decir que entre los astros son recompensadas las obras buenas cual entre los hombres buenos, delicados, honrados y cultos.

Calculad, pues, el calor que el Sol recibirá de la citada estrella, aun sumándolo al de otra estrella vecina, la 61 de la constelación.

Cisne, situada á 15 trillones de leguas del Sol, no bastaría ni á fecundar las simientes, ni á madurar los frutos, ni á colorear las flores, ni, sobre todo, á calentar los ateridos miembros de los habitantes.

Pero todo eso es poco, ¡verdaderamente poco! ¡Es un calor tan insuficiente que tacharía de irrisoria é insultante la pretendida generosidad de los astros para con el astro rey!

¿No podemos comparar ese regalo de calor á la limosna del rico que con fastuosa traza de opulencia dejara caer un céntimo á los pies del indigente víctima de las torturas del hambre?

—Si las cosas hubieran de ocurrir así, nos replican, compadeceríamos al Sol, á nuestro Sol querido, á quien tan tristes días, tan inconsolable y desesperada vejez le esperan. Pero ¿no le llegarán épocas mejores? ¿No camina por el espacio nuestro Sol, dirigiéndose con su cortejo de planetas, hacia la conste-

lación de Hércules? ¿Acaso no llegará á término? ¿Creéis que viaja para no llegar jamás?: Esto es casi increíble.

Estamos persuadidos, dicen, de que ese viaje no es hipotético. Cuando tras miriadas de siglos la vejez hiele al Sol, robándole su esplendor, habrá llegado en su viaje lo suficientemente cerca de algún astro que pueda quedar junto á él, encadenado por la atracción, beneficiándose con caricias vivificantes. Y esa luz y ese calor que el nuevo Sol le preste será el precio de la libertad que nuestro astro pierda al esclavizarse en una esfera de acción magnética.

—Creemos honradamente que en este punto es difícilísimo y hasta temerario pronunciarse en determinado sentido. Aún no se ha podido precisar si la trayectoria que el Sol describe, caminando hacia la constelación Hércules, es línea recta ó curva.

Las observaciones hechas hasta el presente son muy incompletas para suministrar los elementos indispensables para una solución definitiva. Por lo tanto, es prematuro todo lo que sobre este asunto se diga en el estado actual de la Ciencia.

De otra parte, importa poco esa hipótesis, ya que ateniéndonos á las leyes ciertas de la Mecánica celeste no es peligroso afirmar que la conjetura de nuestros contradictores no llegará nunca á ser hecho real. Porque si el Sol camina en línea recta hacia un centro de atracción, impulsado por el propio peso, suponiendo que en su vía encuentre un astro—cosa probable,—al chocar con él, se transformaría el movimiento en calor, liquidándose ó volatilizándose sus elementos y quedando convertido en hirviente nebulosa. En este caso, volviendo á ser Sol no tendría menester del calórico de otra estrella, pero tampoco sería entonces habitable.

Si, por el contrario, suponemos que el Sol, por efecto de la velocidad propia combinada con el peso camina trazando alrededor de su centro una elipse inmensa, cuya largura y dirección desconocemos, gravitará indefinidamente en torno de su hogar, así como los planetas que gravitan alrededor del Sol.

En este caso, cuando en los siglos el Sol se enfríe, no pudiendo acercarse á las fuentes del calor, permanecerá helado tiempo incalculable.

Esta hipótesis es descorazonadora... y de buen grado hacemos constar que nos aflige.

IV

CONSTITUCIÓN DE LAS ESTRELLAS

Las precedentes consideraciones son aplicables también á las estrellas, soles lejanos, que viven en las profundidades del espacio.

Bello es contemplarlas por la noche, salpicando el azul transparente del cielo. Sus apacibles rayos agujerean el manto de las sombras, y centellean inmóviles, como si desde ignorados parajes nos llamaran.

Las almas soñadoras ascienden hacia las estrellas rasgando la profundidad del espacio infinito. Las almas soñadoras se persuaden gozosas de que los ojos de la noche son albergues poéticos de felicidad inacabable.

Pero la Ciencia disipa pronto esas dulces ilusiones. El espectroscopio, instrumento delicado y precioso, nos revela la constitución de las estrellas así como nos descubrió la del Sol. Y sabemos, de manera indudable, que las estrellas son también globos enormes, hogares abrasadores de calor y luz; hogueras

donde los elementos fundidos se agitan dislocándose con ruido indescriptible; ruido al lado del cual los más violentos estampidos de la pólvora y de los cañones, los rugidos de los volcanes y el estrépito de las montañas que se derrumbaran chocando entre ellas, parecería ténue clamor.

Las olas de fuego de las estrellas no nos producirían menos sublime horror que el de las formidables conflagraciones del Sol, ya descritas en otro capítulo.

V.

¿SERÁN LAS ESTRELLAS HABITABLES EN LO PORVENIR?

Actualmente las estrellas son inhabitables. ¿Ocurrirá otra cosa en lo porvenir?

Las estrellas se hallan separadas unas de otras por distancias que, á lo menos, son tan grandes como las existentes entre nuestro Sol y sus más próximas estrellas, que, ya lo hemos dicho, se hallan á trillones de leguas de él.

Antes creíamos que las estrellas permanecían fijas, y de aquí que siempre se llame estrellas fijas á las que ni son errantes, ni cometas, ni planetas.

Sin embargo, hoy sabemos que las estrellas están dotadas de movimientos propios y en todos los sentidos. Así se precipitan en el espacio con velocidad fulgurante, y solo nos parecen inmóviles por razón de la enorme distancia que de ellas nos separa.

Con los telescopios perfeccionados y los utilísimos espectroscopios, los sabios conocen ya algunos detalles de esos movimientos gigantescos, que no vemos mirando al conjunto de los astros. Pero, ni los sabios logran ver con sus propios ojos esos

movimientos, ni apenas pueden indicar en las cartas uranográficas algunas cortas líneas de puntos señaladores del caminar de las estrellas.

Probablemente morirán los actuales sabios antes de conseguir trazar una parte importante de las órbitas; morirán con la esperanza de que continuando otros sabios la fatigosa tarea se llegue en treinta ó cuarenta siglos á conocer exactamente la órbita de los astros.

Dado el movimiento propio de las estrellas, ¿se irán acercando hasta el punto de que cuando se solidifique y enfríe su corteza puedan hallar en sus hermanas incandescentes los beneficios del Sol? ¿Quedarán entonces gravitando como humildes sacerdotes en la órbita de otra estrella y ni lejos ni cerca sino á distancia adecuada para recibir el calor y la luz justamente necesarios?

No cabe dudar de que todo ello es factible para el Todopoderoso. Si así lo quiere la inteligencia divina, creadora y coordinadora de todo lo existente, se realizará la aproximación de las estrellas del modo que se pretende.

Pero ¿cómo es posible, sin salir de los límites de la Ciencia positiva, invocar en favor de una hipótesis la inexcrutable é ignorada voluntad de Dios? Los pseudo-filósofos que refutamos no pueden invocarla cual nosotros pudiéramos: porque la mayor parte de ellos sólo admiten las leyes de la Naturaleza, negando á Dios la facultad de poder derogarlas. Semejante derogación sería un verdadero milagro; y todos saben que ¡hasta la palabra milagro crispera los nervios de esos nuestros contradictores, que piensan es el "milagro" sinónimo del "absurdo"!

Rechazando el milagro, es forzoso atenerse á las leyes de la Mecánica celeste. Y, cual lo hemos demostrado al ocuparnos del Sol, esas leyes se oponen

á la conclusión que nuestros adversarios quisieran sacar en beneficio de su doctrina.

VI.

LAS NEBULOSAS

Digamos algunas palabras sobre las condiciones de habitabilidad de las nebulosas.

No entendemos por nebulosas los cúmulos de estrellas, repúblicas maravillosas de soles que gravitan unas en torno de otras en la aparente inmovilidad de los cielos. Seguramente que á estos astros les son aplicables las observaciones que acerca de las estrellas hicimos en capítulos precedentes.

Aquí hablamos de las nebulosas irreductibles, cuya pálida luz atraviesa inconmensurables abismos antes de llegar á la Tierra, siquiera sólo sean, según lo demuestra el espectroscopio, aglomerados de materia ténue, informe é incandescente.

Según plausibles conjeturas, las nebulosas son laboratorios de mundos futuros y embrión del universo del porvenir.

Con tal descubrimiento se ha agrandado de modo notorio el campo de la Ciencia humana. Se ha llegado á conocer mejor el cielo físico, su inmensidad, su composición química, su estructura y sus incesantes transformaciones.

Pero también hemos aprendido que en esos vapores caóticos, la materia cósmica se halla en ignición, y está compuesta por gases inflamables y brilla con luz propia aunque indecisa.

En semejantes medios, así como entre las hondas de fuego del Sol y de las estrellas, no pueden vivir seres materiales.

VII.

LOS COMETAS

¿Serán al menos los cometas aptos para albergar seres vivientes?

Con sus raras formas, la excentricidad de sus marchas y su aparición generalmente imprevista han tenido, por muchos siglos, el privilegio de espantar á los hombres ignorantes y supersticiosos. Esos astros extraños no son, por consiguiente, más que humo errante que circula en la inmensidad en todas las direcciones imaginables.

Tan numerosos en el espacio como los pescados en el mar—según la frase de un célebre astrónomo,— la mayor parte de los cometas viajan de sistema en sistema, atravesando los abismos incommensurables que separan las estrellas y las constelaciones.

¿Qué vicisitudes se ven obligados á sufrir cuando en sus gigantescas peregrinaciones atraviesan los más distintos medios!

Ante todo, ¿qué inauditas variaciones de temperatura soportan!

Tan pronto los cometas se ponen incandescentes cuando se acercan al Sol ó á otras estrellas, contorneando abrasadoras llanuras y mares hirvientes, y fusionándose, y volatilizándose y disociándose sus elementos, como soportan los extremados fríos, cuando caminando lejos de esas hogueras, después de desflorar sus uñas, se enlazan descabellados en la helada soledad del espacio tenebroso.

¿Qué cambios de volumen sufren luego!...

Unas veces se hinchan como balones de aire excesivamente dilates, disminuyendo su peso hasta soportar todas las atracciones, hasta reducirse á gramos su peso.

Después del engrose, disminuyen de tamaño y brillo, pareciendo estrellas agonizantes, y dividiéndose quizá en partes distintas, especie de nubes luminosas, juguetes del viento huracanado y violentísimo.

Si las nebulosas son gérmenes de mundos futuros, los cometas son residuos de mundos formados.

¿Curioso albergue!... ¿Peligroso refugio de seres vivientes!

Las capas superiores de nuestra atmósfera están demasiado enrarecidas para suministrar alimento suficiente á los pulmones de los seres organizados. ¿No será más irrespirable la sustancia cometaria, que es infinitamente más sutil que nuestra atmósfera?

El cerebro del más temerario partidario de la habitabilidad de los mundos no sabría hallar en los cometas lugar propicio para la vida!...

VIII.

CONCLUSIONES QUE SE DEDUCEN DE LO DICHO
EN ESTOS CAPÍTULOS

De lo dicho se deduce que todos los astros que brillan con luz propia, estrellas, soles, nebulosas lejanas y cometas vagabundos son ineptos para ser ó llegar á ser teatros de la vida.

Es así que la mayor parte de los globos celestes

y la casi totalidad de los pobladores del espacio son astros, ya que, como pronto veremos, los planetas sólo representan una porción mínima de la materia astral:...

Luego la habitación de los mundos no parece ser el fin esencial de la Creación; y la tesis de la vida universal queda notablemente circunscrita á límites reducidísimos...: á los planetas...

CAPITULO II.

Influencia de las estrellas sobre sus planetas.

I.

¿ES CADA ESTRELLA CENTRO DE UN SISTEMA PLANETARIO?

Antes de responder á esta cuestión conviene que hagamos una advertencia de importancia capital, que nos ayudará por distintos modos á resolver el problema propuesto.

¿Se ha pensado en la inmensa desproporción que existe entre la masa del Sol y la del conjunto de planetas que circulan á su rededor?

Estos planetas, fundidos en uno, no llegarían á ser ni como la séptima parte de! Sol: ó, en otros términos, el astro luminoso que nos alumbra es lo bastante voluminoso para formar con su materia "setecientos" sistemas planetarios como el nuestro.

¿Por qué, pues, el Sol forma un solo sistema planetario?

Considerando que sólo ha formado un sistema planetario, de los setecientos que pudo formar, ¿no podemos preguntarnos si no repugna la idea de que el Sol permanezca durante todo el período de su vida astral como estrella aislada, estéril y sin familia?

¿Qué sería preciso para que el Sol existiese aislado? ¡Poca cosa en verdad!